



## MANUEL JIMÉNEZ REDONDO

Manuel Jiménez Redondo ha sido para mí un maestro, un amigo, a veces como un padre, un confidente, un acompañante o guía espiritual y vital. Todo eso y más allá de donde las palabras puedan llegar.

Cuando fui a sus clases en la Universidad, por los años noventa, enseguida vi en él lo que venía a ser, para mí, el ideal del sabio. Una persona cercana, sincera, profunda, con un finísimo sentido del humor y, sobre todo, muy humano, fascinante y entrañable a la vez.

Académicamente su preparación era muy sólida y omniabarcante. Estudió el bachillerato en el colegio de la Compañía de Jesús de su querida Badajoz, se licenció en Física y Filosofía en Madrid, dominaba las lenguas clásicas —griego, latín—, conocía el hebreo y las lenguas modernas: alemán, inglés, francés. Tradujo a los filósofos más complejos de la filosofía alemana: Hegel (*Fenomenología del espíritu*), Heidegger (*Ser y tiempo*), Escuela de Frankfurt, teniendo presente siempre los fundamentos de la antigüedad clásica —Platón, Aristóteles— y pasando por la sabiduría judía que tanto le interesó. Fue un gran lector de las mejores obras del Siglo de Oro español (siempre decía que era el mejor castellano que se había dado y entresacaba de allí muchos conceptos y palabras para sus magistrales traducciones).

Aunque su saber era incomensurable, lo que más me admiraba de él era su calidad humana, su generosidad, su bondad. Era o es una persona que desprendía paz, sosiego, prudencia, las virtudes clásicas, intemporales y universales que tanto le gustaba cultivar, al modo de los estoicos (a los que seguía mucho, según me dijo). Tenía siempre ese afán de humanidad, de ver la dignidad en todo ser y se esforzaba por buscarla en toda acción.

Sus trabajos han sido extensos e incansables, su responsabilidad y seriedad extremas. Esa obra ha sido fruto de su pasión por el saber (Manolo siempre decía que desde adolescente le había gustado leer libros de filosofía, tan sencillo como eso), de un verdadero amor por la sabiduría, por el ser humano, por la verdad y la vida.

Debo mencionar a Gloria, su esposa, su compañera infatigable en esta vida de trabajo, de conocimiento, saboreada, disfrutada, vivida con alegría y profundidad junto a ella. Manolo decía que además de su amor y compañera, fue siempre su amiga. Vaya para ella el abrazo que necesita en estos momentos de ausencia, pero también de presencia perenne en la memoria y en todo su ser.

Siempre que hablé con Manolo me di cuenta del profundo respeto que tenía hacia las ideas de los demás, de la humildad y a la vez valentía que tenía a la hora de aprender un sistema filosófico o entender en su totalidad la obra de un pensador. Al escucharte, parecía que decías cosas grandes e interesantes. Al escucharle sabías que te encontrabas ante una persona, un alma, que derramaba verdad sobre todo lo que



tocaba. Hablar con él era una experiencia verdaderamente socrática. Sin darte cuenta, con una caridad y libertad finísimas, sutilísimas, hacía manar de ti ideas, sentimientos, actitudes bellísimas que desconocías que portabas en tu interior, era algo místico, inefable y lleno de amor.

Manolo, como el amor que nunca muere y vence a la muerte, siempre estarás presente en mi alma y en mi corazón.

“Los sabios brillarán como el fulgor del firmamento y los que enseñaron a muchos la justicia, como las estrellas, por toda la eternidad” (Daniel 12.3).

***Pedro Jesús Hellín***